

La biblioteca del Real Monasterio de Guadalupe

Considerada una de las bibliotecas más importantes del Reino en el siglo XVI, la librería o biblioteca del Real Monasterio de Guadalupe (Cáceres) guarda verdaderas joyas bibliográficas con una abrumadora historia, un deslumbrante presente y un futuro esperanzador.

La iglesia de Guadalupe brotó en tierras de Talavera de la Reina (Toledo) a finales del siglo XIII, cuando un vaquero cacereño, de nombre Gil Cordero, tuvo una visión y desenterró la imagen de una virgen negra a la que pronto le hilaron orígenes legendarios y le creció una puebla variopinta. Al obtener Alfonso XI del arzobispo de Toledo el priorato real, tras la batalla del Salado (1340), la ermita original se alzó, con dádivas regias, en fuerte santuario, defendido por una cincha ciclópea que todavía da a los edificios un aspecto imponente. Abastecido por los priores seculares con hospitales, tierras, ganados y arca del agua (fabulosa ingeniería del s. XIV), Guadalupe fue entregado a la naciente Orden de San Jerónimo en 1389, en un intento de establecer un foco de peregrinación y asentamiento defensivo en el flanco del sur. Los Jerónimos llevaron a Guadalupe hasta la cumbre de las ciencias, las artes y la riqueza material, expandiendo la influencia y devoción a su Virgen Negra por los reinos peninsulares, América y Filipinas. Decadente ya en los siglos XVIII y XIX, la exclaustación de los Regulares el año 1835 cercenó el poderío de este célebre y fascinante baluarte, que salvaguardó cuanto pudo la mitra de Toledo, a cuya jurisdicción volvía tras el periodo monástico (1389-1835).

El año 1833, segregadas de Talavera estas tierras para incorporarlas a la Extremadura castellana, Guadalupe pasó en lo civil a ser extremeña, aunque permaneciendo en la iglesia Primada que la erigió. Hundida hasta el polvo en la postrimería decimonónica, tras una campaña prorrestauradora y la declaración del Patronato de la Virgen sobre Extremadura (1907), el año 1908 los Franciscanos recibimos del Estado la insigne ruina del monasterio y del Arzobispado toledano, una parroquia, con la porción de bienes culturales y litúrgicos que se libraron de la incautación desamortizadora y hoy pueblan tres museos y la basílica con su famosa sacristía, relicario y camarín. Visitado por Juan Pablo II en 1982, el Real Monasterio de Guadalupe fue Medalla de Extremadura en 1992, y distinguido con la declaración de Patrimonio de la Humanidad el año 1993.

La librería monástica

Amén de plateros y herreros, alarifes, galenos, pastores y bordadores, los Jerónimos fueron en Guadalupe copistas e iluminadores. Los mentó una vieja crónica, entre aquella febril colmena que llegó con el P. Yáñez desde Lupiana (Guadalajara): «... Y hacían otras cosas que eran menester y escribían libros». Las cátedras de Derecho, Teología o el Colegio de Gramática –por cuyas aulas pasaron primeras figuras de diversas ramas del saber–, erigidos prontamente en el cenobio, al igual que las prestigiosas escuelas de Medicina, Farmacia y Cirugía, reclamaban la existencia de libros. De su scriptorium

Hay datos suficientes para hacernos una idea de la importancia que alcanzó la librería o biblioteca guadalupense, considerada a finales del siglo XVI una de las más importantes del Reino.

salieron el centenar largo de antifonarios, pasionarios y otros códices de uso coral expuestos en el museo de Libros Miniados. Allí también se escribieron los libros de milagros, el libro de los oficios e historias del ilustre convento, depositadas en el archivo.

Hay datos suficientes para hacernos una idea de la importancia que alcanzó la librería o biblioteca guadalupense, considerada a finales del siglo XVI una de las más importantes del Reino, por lo que Felipe II acudió a ella para abastecer la escurialense. Situada en los altos del llamado pabellón de la Librería (s. XV) –que debajo tuvo el Capítulo y la Audiencia del prior, señor temporal de la puebla–, en sus anaques fueron guardando los libros copiados y otros que, por compra o donación –la del alcalde mayor de Sevilla, Martín Hernández Cerón, en 1410–, llegaban al convento; más los que aportaban ciertos monjes letrados que pasaban a la librería monástica sus posesiones, como es el caso de la última voluntad de fray Lope de Olmedo, otorgada en 1415, legando todos sus libros y 600



Fachada del Real Monasterio de Guadalupe

florines para aumentar el depósito, o fray Cristóbal de Medina, que donó los doscientos libros que poseía.

Junto al *scriptorium* –reducida su actividad iluminadora a la demanda litúrgica de la Casa, o a encargos de la realeza, los nobles, preladados, cabildos y monasterios– la imprenta facilitó la circulación del bien tanpreciado. Aunque no dispongamos más que de pequeñas listas de remesas de libros, con lo que es difícil calcular el número de volúmenes que tuvo, el historiador Gabriel de Talavera, OSH, (Toledo 1597) dijo de ella a finales del siglo XVI: «De todo cuanto hay escrito es copiosa la multitud que este edificio encierra». Ya en nuestros días, el P. Hermenegildo Zamora, OFM, autor del *Catálogo de la antigua biblioteca del Monasterio de Guadalupe* (Zamora 1976), ha demostrado que la librería creció holgadamente hasta el siglo XVIII, en el que la inestabilidad política, el bajo perfil intelectual de los monjes y las dificultades económicas propiciaron el descuido de los libros.

En su actual emplazamiento de la ciudad de Cáceres fueron hallados por fortuna un Índice, compuesto después de 1770, y el borrador previo, que debió iniciarse después de 1765. Uno y otro responden quizá al mandato capitular del 16 de octubre de 1766, tras el cual se procedería a la traslación de códices privados a un lugar común (se habla vagamente del *Dormitorio*, sabiendo que el de novicios fue nuestro actual refectorio y el de legos es el llamado cuarte-

lón, ambos en el claustro mudéjar), donde se seleccionarían las mejores y diferentes ediciones de las obras repetidas, se anotaron los títulos nuevos y se trasladaron a los anaqueles según el tamaño. Por la disposición del Índice y la ilustración de su f. 109 se ve que la librería de Guadalupe tuvo dos cuerpos, divididos por un pasillo con baranda: el bajo para los libros en folio y el de arriba para los volúmenes más pequeños. Calcula el P. Zamora, a la vista del borrador y del Índice, que los libros de la librería antigua de Guadalupe alcanzaron, más o menos, los 6.614 títulos en 9.784 volúmenes.

La librería jerónima empezó a ser esquilmada, según demuestra el P. Zamora –a quien seguimos en este apartado–, por decreto del Gobierno en 1820. Aunque ese año la comunidad no fue suprimida en razón de su secular e ingente labor social en varios hospitales, comedores, orfanato, colegio y limosnas a transeúntes, un funcionario expurgó y se llevó cuantos volúmenes creyó útiles para las bibliotecas de Corte y provinciales. Algo más tarde, las leyes desamortizadoras de 1835 incautaron todos los bienes raíces, muebles y semovientes para venderlos en pública almoneda.

De ella quedó excluida la librería; pero, saqueada *in situ* por José García de Atocha, subdelegado de Rentas de Trujillo en calidad de comisionado para hacerse cargo de los bienes monásticos de Guadalupe, y «trasladada a la capital de Cáceres en la mayor confusión y desorden» –según denunció un empleado de la Contaduría de Arbitrios de Amortización de Trujillo–, los fondos quedaron almacenados en el Colegio de la Compañía hasta que en 1951 fueron depositados en el Palacio de la Isla y luego en un edificio moderno que hoy lleva el nombre de Antonio Rodríguez-Moñino y su esposa.

¿Qué ha quedado de la antigua librería monástica de Guadalupe? Nuestro P. Zamora dio a conocer, en el trabajo citado, dos catálogos de aquella librería, y lamenta la desaparición así como la poca fiabilidad de los inventarios confeccionados por los desamortizadores, pues unos contaron 8.260 (1.855 más que las fichas de los catálogos) y otros, a ojo de buen cubero, «catorce a quince mil volúmenes». Si la diferencia primera pudo deberse a la suma de los libros que estaban en las celdas, refectorio y otros lugares de *lectio* común, incluso a la existencia de un reservado para libros raros, antiguos y manuscritos, lo triste es que en Cáceres, según la Memoria publicada por la Comisión Central de Monumentos históricos y artísticos (Madrid 1845) no entraron más de 5.000 volúmenes. Vicente Barrantes Moreno lo explica un tanto despiadadamente: «En los infaustos días de la



Bodegón con varios incunables

clausura del Santuario, que ajustada por arrobas [la traslación de los libros], se pesaban éstas en Guadalupe mas no en Cáceres al recibirlas, de suerte que haciéndose el transporte en recuas, los arrieros cargaban cuanto podían pero iban, por amor a sus bestias, aligerando sus cargas por el camino, que literalmente quedó sembrado de riquezas literarias» (*Virgen y mártir*, Badajoz 1895, p. 411).

La Biblioteca actual

Ahora comprenderá el lector por qué la actual biblioteca del Real Monasterio es obra de los repobladores del cenobio y no herencia de los antiguos. En 1909, al trasladar a Guadalupe la Casa de Formación y Estudios Teológicos o coristado franciscano de la provincia Bética, se hizo preciso disponer de una biblioteca que permitiera desarrollar su tarea a los lectores o profesores y a los estudiantes.

Surgió así la biblioteca de Lectores, cuyos fondos primeros llegaron de las anteriores sedes del coristado y reunía manuales y libros de consulta, así como tratados, revistas y diccionarios. Los superiores, además, mandaron a los guardianes conventuales que enviaran a Guadalupe los libros repetidos de sus respectivos conventos. Importa destacar también el traslado de la biblioteca del Estudio filosófico, depositada en el eremitorio alcantarino de El Palancar (Cáceres), que se completó con el traslado de todos sus fondos, a finales de los setenta, junto a los de las bibliotecas del convento de Fuente del Maestre (Badajoz) y de Lucena (Córdoba). Ambas enriquecieron notablemente la biblioteca de Guadalupe, cuando ya la propia comunidad se hallaba en condiciones de destinar un presupuesto para la adquisición de libros y promover el traslado de su histórico establecimiento al actual, en los altos de la sacristía, al naciente del santuario, incapaz ya de recibir nuevos depósitos.

Gracias a los avisos y campañas de la revista *El Monasterio de Guadalupe* (1916), la biblioteca conven-

Los Jerónimos llevaron a Guadalupe hasta la cumbre de las ciencias, las artes y la riqueza material, expandiendo la influencia y devoción a su Virgen Negra por los reinos peninsulares, América y Filipinas.



tual se vio incrementada con donaciones de la Casa Real, el Gobierno, algunas instituciones académicas, la nobleza y los eruditos. Otras remesas y legados para la biblioteca fueron enviadas por nobles y clérigos bienhechores de la comunidad.

Las ayudas públicas han menudeado, sobre todo en los últimos tiempos. Las primeras fueron del Ministerio de Educación, allá por los años 1943 y 1948. En 1956 se consiguió, además, que el mismo Luis de la Cuadra y Escribá de Romaní, director de la biblioteca del MEC, y su equipo inventariase y catalogase el archivo y que, en varias campañas estivales, elaborase desde 1962 los índices de la biblioteca. Junto al inventario, se consiguió del Ministerio de la Vivienda y del ministro subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, una subvención de 250.000 ptas. para estanterías metálicas. Igualmente han derivado ayudas las diputaciones provinciales de Cáceres y Badajoz, aunque ha sido la Junta de Extremadura, presidida por D. Juan Carlos Rodríguez Ibarra, la que más se ha señalado en este campo. La firma de un Convenio cultural entre la Consejería de Cultura y Patrimonio, dirigida por Antonio Ventura Díaz, y el Real Monasterio, ha permitido, hasta el cambio de Gobierno regional, una mejora notable en los fondos, en la edición de libros y en la catalogación de los depósitos. Igualmente, la creación en 1984 de la Editora Regional de Extremadura, muchos de cuyas ediciones recibimos regularmente, contribuyó al crecimiento de los fondos de tema y autor extremeño, al que tenemos dedicada una de las secciones desde los años setenta.

El legado privado más importante vino en 1924 de la mano de los herederos de D. Vicente Barrantes Moreno (1829-1898), cronista oficial de Extrema-

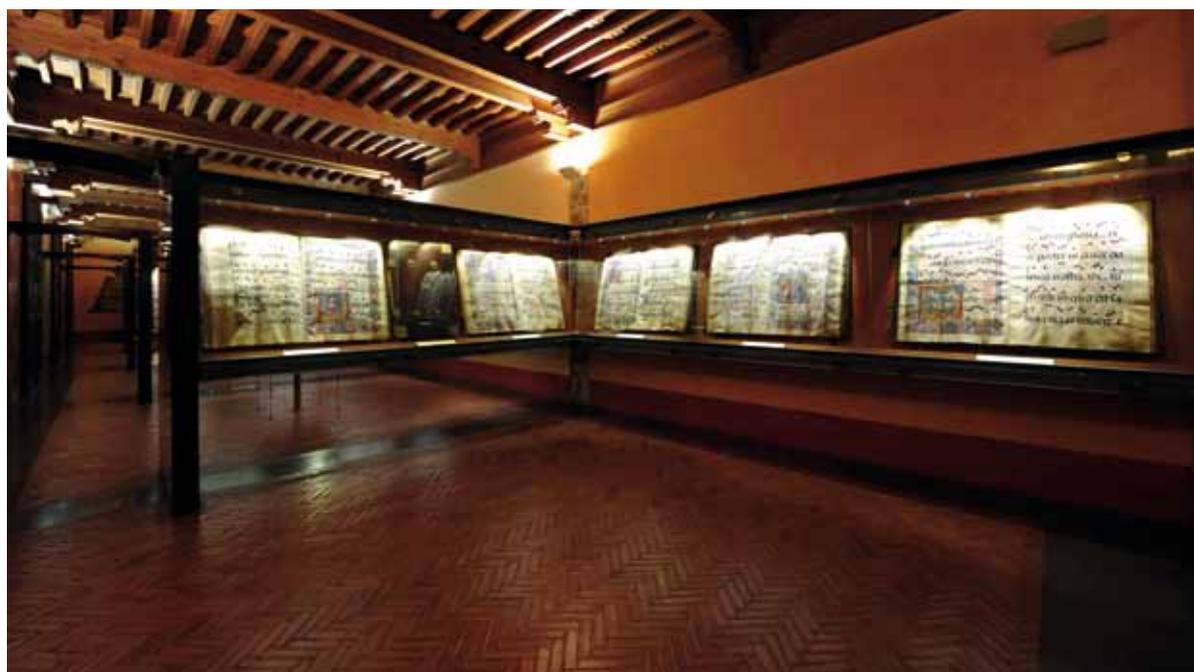
dura y bibliófilo reconocido. El fondo de Barrantes –manuscritos e impresos, libros, folletos, revistas, hojas..., permanece inalterable, catalogado y separado del depósito general, aunque en el mismo edificio: la antigua librería jerónima primero y desde 1983 el local actual–. Comparable, por el número de obras, al legado Barrantes hemos recibido el pasado mes de julio de 2011 el legado Palma-Antolín, procedente de Almendralejo (Badajoz). Junto a sus nombres, la biblioteca recuerda las donaciones de E. Tormo, T. Trujillo Lanuza, C. González y Otaola, J. Torrejón Barba, beneficiado de la catedral de Plasencia (1929), la familia Ximénez (1941) de Almorharín (Badajoz), Antonio Vargas Zúñiga (1959), Ernesto Marina López, el doctor guadalupense Pedro Cordero Moreno y el alcalde cacereño Alfonso Díaz de Bustamante y Quijano. Más recientemente contamos entre los donantes a Carlos Cordero Barroso, que entregó, en conformidad con sus familiares, el manuscrito de *Las Ordenanzas y Costumbres de los Hospitales*; a Arturo Álvarez Álvarez, Ignacio Cortijo Guerrero y Antonio Cabrera y Delgado Silveira.

En más de un siglo de historia, la biblioteca conventual de Guadalupe es lo que sacrificaron sus responsables inmediatos: ese puñado de frailes *letraheridos* y bibliófilos que han husmeado, adquirido o perdido, recogido, reparado, catalogado, trasladado y desempolvado a esas criaturas admirables y únicas de tan dulce compañía. Entre ellos cabe destacar a Isidoro Acemel Rodríguez, Carlos Gracia Villacampa, Arcángel Barrado Manzano, Hermenegildo Zamora, Arturo Álvarez Álvarez, Felipe Trenado Trenado y Sebastián García Rodríguez con su directo colaborador el seglar Antonio Ramiro Chico, autores

del *Corpus Bibliographicum Guadalupense* (Sevilla 2002). El largo periodo de este último bibliotecario (1983-2011) y la mejor disposición de las guardianías y de los consejeros de la Junta han permitido que la biblioteca organizase congresos (tres durante el año 1992), jornadas culturales y exposiciones. Asimismo, la creación en 1993 de *Ediciones Guadalupe* supuso el mejor instrumento de edición y difusión cultural de la historia de Guadalupe. Desde el año 2001, gracias al Convenio de Catalogación que llevó a cabo el Ministerio de Cultura, la Junta de Extremadura y el Real Monasterio, los fondos de nuestra biblioteca pueden consultarse a través del Catálogo Colectivo de Patrimonio Bibliográfico.

Gracias a los avisos y campañas de la revista El Monasterio de Guadalupe (1916), la biblioteca conventual se vio incrementada con donaciones de la Casa Real, el Gobierno, algunas instituciones académicas, la nobleza y los eruditos.

Con horario de mañana y tarde, investigadores y estudiosos pueden también consultar las obras en el aula contigua al archivo y biblioteca, que está dotada de personal y de los medios técnicos más comunes: ficheros, ordenador, conexión a internet, fotocopidora, lector de microfilm y microfichas.



Códices en el Real Monasterio de Guadalupe



Códices

El porvenir de esta biblioteca depende de la comunidad franciscana y del rumbo que vaya a tomar en el futuro inmediato la Orden en España.

Según los datos publicados el año 2010 por Antonio Ramiro Chico, avezado auxiliar de la biblioteca desde 1981, esta la componen 102.645 títulos (libros –unos 226 del siglo XVI–, folletos, periódicos extremeños y revistas), lo que supondría en volúmenes unas centenas más de libros y algunas decenas de folletos y revistas, sin contar los más de 4.000 volúmenes del legado Palma-Antolín. La biblioteca del Real Monasterio de Guadalupe, desbordada totalmente, se halla repartida entre la sala alta de la sacristía, famosa por sus zurbaranes, con el segundo y tercer piso de la torre de Santa Ana, destinado este último a la hemeroteca.

Los departamentos de nuestra biblioteca son:

1. Legado V. Barrantes: 2.598 libros; 656 manuscritos y 1.721 folletos.



Sala de estudio de la Biblioteca

2. Biblioteca extremeña: 6.200 libros; 1.990 folletos y 20.459 revistas y periódicos.
3. Legado Palma-Antolín: en torno a los 4.000 títulos todavía sin catalogar.
4. Fondo general: 35.502 libros y 3.940 folletos. Destacan entre ellos la sección dedicada a los Franciscanos (3.720 libros y 590 folletos), Historia general (4.744 libros y 470 folletos), Literatura (4.070 libros y 205 folletos), Derecho canónico y civil (1.611 libros y 126 folletos) e Historia de América: (1.555 libros y 250 folletos).

El porvenir de esta biblioteca depende de la comunidad franciscana y del rumbo que vaya a tomar en el futuro inmediato la Orden en España. Asegurado este, la biblioteca del Real Monasterio precisa reunir sus fondos en otro edificio, recuperando su antiguo emplazamiento al menos para el fondo más antiguo y precioso; terminar la catalogación e informatización de sus últimos legados y facilitar las consultas de su base de datos en consorcio con otras bibliotecas y entidades académicas. ▴

Ficha técnica

AUTOR: Arévalo Sánchez, Antonio.

FOTOGRAFÍAS: Real Monasterio de Guadalupe (Cáceres).

TÍTULO: La biblioteca del Real Monasterio de Guadalupe.

RESUMEN: Tras una breve historia del hallazgo de la Virgen de Guadalupe (la Virgen Negra), se explica cómo fueron los inicios de la librería o biblioteca del Real Monasterio de Guadalupe (Cáceres), cómo son sus fondos, cómo funciona en la actualidad y qué rumbo puede tomar en el futuro.

MATERIAS: Real Monasterio de Guadalupe (Cáceres) / Bibliotecas Monásticas / Extremadura.